

ALMA VAGABUNDA

La vida de Curtis Mayfield



Todd Mayfield
con **Travis Atria**

Traducción: Alberto G^a Marcos



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Traveling Soul
Chicago Review Press
Chicago, 2017

ES POP ENSAYO Nº 22
1ª EDICIÓN: FEBRERO 2020

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with
The Susan Schulman Literary Agency
© 2017 by Todd Mayfield
© 2020 de la traducción: Alberto García Marcos
© 2020 de esta edición: Es Pop Ediciones

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS:
Manuela Carmona y Óscar Palmer

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-17645-07-6
Depósito legal: M-3208-2020

Índice

Primeras impresiones	9
La reverenda A. B. Mayfield	15
Mi madre me parió en un gueto	27
Almas vagabundas	42
Los Impressions originales	65
Sigo avanzando	105
Prepárate, pueblo	143
Curtom	173
Ya te has ido	199
Dale duro	218
Super Fly	255
Volver al mundo	287
Cuando cambian las estaciones	329
Nunca digas que no sobrevivirás	355
Impresiones duraderas	379
Agradecimientos	381
Créditos de las canciones	383
Notas	385
Bibliografía	399
Índice onomástico	405

Primeras impresiones

*Try to understand I'm an unusual man.**

—“Love Me (Right in the Pocket)”

Atlantic City, 1969. Mi padre recorre su camerino con paso airado. Los Impressions están listos para salir al escenario y hacer el segundo pase, pero antes quiere su dinero. Conoce el negocio y no admite que se la jueguen. Cumplió dieciséis años sobre el escenario del Apollo Theater, en Harlem, y desde entonces ha visto a todo tipo de embaucadores realizar todo tipo de fraudes. Sabe que cobrar después del concierto a menudo significa no cobrar. En esa época, exige una parte por adelantado y el resto entre funciones, guardándose el dinero en el bolsillo del chaleco, donde para quitárselo habría que pasar por encima de su cadáver.

Pero el promotor de Atlantic City es un mafioso. Serpentea por el camerino con el fajó de billetes en una mano y una pipa en la otra. Apunta a mi padre a la cabeza con la pistola y le pregunta:

—¿Hasta qué punto quieres el dinero?

Todos se quedan helados.

—Tanto como para dejar que aprietes el gatillo.

Lo dice con serenidad, su voz apenas si se eleva por encima del suave y medido susurro con el que ha adornado incontables canciones de éxito.

El promotor baja la pistola. Mi padre recibe su dinero.

* Intenta comprender que soy un hombre peculiar.

Sale al escenario, la música comienza a sonar, la muchedumbre áuilla extasiada, los Impressions terminan con gesto triunfal y salen por la puerta frontal del auditorio derechos hacia sus coches, mientras en el interior la banda sigue tocando. Pisan el acelerador de sus bólidos en plena noche rumbo al próximo concierto y al próximo promotor lo suficientemente imbécil como para cometer un disparate similar.

Curtis Mayfield ha visto cosas más aterradoras que una pistola frente a su cara. Cuando tenía cinco años, su padre lo abandonó. Fue testigo impotente del maltrato y desamparo de su madre. Pasó largas noches de hambre extrema pugnando con la desnutrición en un miserable apartamento de una sola habitación. Sabe tanto sobre chulos y prostitutas como sobre la Biblia y Jesucristo. Lo primero lo aprendió en la pocilga en la que se crió como un niño invisible destinado a convertirse en otro adolescente vago y alcohólico más. Lo segundo lo aprendió en la iglesia de su abuela, que practicaba una especie de culto denominado espiritualismo, mezcla de cristianismo y magia negra.

Aquellas experiencias le infundieron el valor para enfrentarse sin pestañear al cañón de una pistola en Atlantic City. Lo convirtieron en lo que es: un hombre contradictorio, impredecible y brillante que abandonó el instituto y erigió un imperio musical. Un hombre que pasa en el escenario la mayor parte de su vida pública y encerrado en su dormitorio la mayor parte de su vida privada. Un hombre capaz de hacer gala de una frialdad legendaria y de brotes temperamentales de violencia. Un hombre reverenciado en el mundo entero, pero atormentado por sus inseguridades. Un hombre agraciado con una imaginación tremenda, pero con poca habilidad para dominar la mecánica mundana de la vida cotidiana. Un hombre que, de algún modo, se las arregla para ser un padre presente y, al mismo tiempo, ausente. Un hombre que canta sobre el amor eterno, pero que es incapaz de serle fiel a ninguna mujer. Un hombre obsesionado con el control y que, en ocasiones, cede el control a quien no debe.

En el proceso para llegar a ser ese hombre, ha degustado los dulces frutos del sueño americano —dinero, fama, mujeres— y se ha atragantado con la cruz de la pesadilla americana —degradación, humillación y privaciones, porque su piel no era del color adecuado—. Y la parte más dura de su viaje ni siquiera ha comenzado aún. Como nos sucede a todos, no sabe lo que le depara el futuro. Mientras se aleja de Atlantic City a toda velocidad, ignora la enorme tragedia que le espera donde menos se lo imagina. No puede prever que esa tragedia lo conducirá al mayor triunfo de su voluntad y a una muerte lenta y dolorosa. Apenas puede imaginar que, pronto, la vida le enseñará la imposibilidad de tenerlo todo bajo control.

Algunos aspirantes a biógrafo han intentado contar la historia de mi padre; ninguno lo ha hecho bien. Fracasaron porque no tenían acceso a su mundo interior, a aquello que lo impulsaba. No conocían la gran inseguridad que le provocaban su piel oscura, sus grandes dientes y su corta estatura. Ni la humillación que sufrió a manos de sus compañeros del colegio debido a la pobreza abyecta de su familia. Ni su intensa necesidad de ejercer el control sobre su música, el dinero y las relaciones. Ni su personalidad profundamente dividida. Incluso quienes no creen en la astrología tendrán que reconocer que, si realmente existe algo semejante a un «géminis de manual», mi padre lo era. Quienes lo conocieron afirman que cambiaba de idea tan a menudo y con tanta facilidad que nunca podían estar del todo seguros de qué pensaba, qué quería o qué iba a hacer. Sólo fue constante con la música.

Sus biógrafos anteriores también fracasaron porque ignoraban sus orígenes. No frecuentaron a las personas que lo criaron, a pesar de que son parte fundamental de su historia. Lo más probable es que ustedes no hayan adquirido este libro para leer sobre la abuela de Curtis, pero es posible que, sin ella, jamás se hubiera dedicado a la música, y habría sido incapaz de escribir canciones como “Keep On Pushing” y “People Get Ready”. En distintas entrevistas a lo largo de su vida, la mencionó a menudo como una de sus principales

influencias y fuentes de inspiración. Para comprender a Curtis, por lo tanto, necesitamos comprenderla a ella.

Lo más probable es que tampoco hayan adquirido este libro para recibir una lección de historia, pero la música de mi padre fue fundamental para el Movimiento por los Derechos Civiles, que vivió en carne propia y ayudó a definir al mismo tiempo que el Movimiento lo iba moldeando a él. Una vez más, para comprender a Curtis, debemos comprender su época. Así pues, abordaremos el Movimiento, su florecimiento y fluctuaciones. Y como parte del mismo está relacionado con la terminología racial y lo que ésta significó, utilizaremos la nomenclatura adecuada para cada época: «*negro*» en su infancia, «negro» hacia finales de los sesenta y «afroamericano»¹ durante las dos últimas décadas de su vida.

Al escribir este libro surgió otro problema terminológico. Al crecer con un padre famoso, conocí distintas facetas de su persona y me refería a él de manera diferente, dependiendo de la situación: en casa era «papá»; en público, cuando estábamos con gente que podría querer algo de nosotros, era «mi padre»; en una etapa más tardía de su vida, cuando lo ayudé a dirigir el sello discográfico Curtom, fue «Curtis». Dado que a lo largo de su vida lo conocí de las tres formas, usaré los tres términos a lo largo de este libro.

En vida, mi padre fue muy celoso de su intimidad. Tras su muerte, hemos hecho lo mismo con su legado, pero el mundo merece conocer al auténtico Curtis Mayfield. Un sabio dijo en cierta ocasión: «A los vivos les debemos respeto, pero a los muertos sólo les debemos la verdad». Quizá no tengamos que elegir. Quizá sea posible mostrarle a mi padre el respeto que se merece mediante el simple acto de contar la verdad, tal como hizo él en sus canciones. Curtis contó más verdades que ningún otro músico de su época, plasmando la esperanza, la ira,

1. En el original, «negro», «black» y «African American», respectivamente. En inglés, «negro» tiene connotaciones negativas inexistentes en español, y, al tiempo, nuestra lengua carece de un término equivalente con similar carga peyorativa, por lo que en el presente texto se reflejará en letra cursiva. (*Todas las notas son del traductor*).

la desesperación, la fuerza y el amor de su gente como ningún otro artista. Como dijeron en *Rolling Stone*: «Más que Marvin Gaye, más que Stevie Wonder, incluso puede que más que James Brown, Curtis Mayfield supo captar la totalidad de lo que significaba ser negro en los Estados Unidos de los años sesenta». Por supuesto, su música no era sólo para los negros —multitud de fans de todas las razas y etnias pueden atestiguarlo—, pero estaba hecha desde nuestra perspectiva. Como él mismo dijo en su legendario concierto en el Bitter End, «siempre he creído profundamente en la igualdad de todos los seres humanos, pero, fundamentalmente, cuento las cosas como son».

A la hora de abordar su historia desde mi punto de vista, he intentado contar las cosas como son y como fueron, a pesar de que un buen relaciones públicas habría optado por presentarlas bajo una luz más favorable. Al fin y al cabo, como en cierta ocasión cantó el mismísimo Curtis:

*Disculpa, hermano, que disfrutas de la gloria
Sé que no te importará que cuente toda la historia.*

1.

La reverenda A. B. Mayfield

*People get ready, there's a train a-coming
You don't need no baggage, you just get on board.**
—“People Get Ready”

Mansfield, Luisiana, allá por 1910. Aunque el esclavismo había muerto, sus horrores aún flotaban en el aire recalentado sobre los campos de algodón próximos a la casa de mi bisabuela. El restallido del látigo del amo resonaba a través de varias generaciones de mi familia hasta llegar a sus abuelos, los cuales, en su momento de mayor plenitud vital, habían costado algo menos de ochocientos dólares en el mercado. Tras haber sufrido la servidumbre durante tanto tiempo, no podían evitar pensar que su actual libertad era discutible.

Al igual que muchos otros datos sobre su nacimiento, una nube rodea el auténtico nombre de mi bisabuela. A veces se presentaba como Gertrude, mientras que otros la conocían como Annabelle, pero lo más probable es que se llamase Annie Bell. Esta confusión en torno a los nombres se producía a menudo en la tierra de la esclavitud. Los *negros* nunca conocían sus verdaderos apellidos e incluso los nombres de pila podían presentar la huella indeleble de la plantación. Durante casi dos siglos intercambiaron apodos y seudónimos, quizá como recurso para asumir el control de su identidad en un mundo que no les dio ninguna.

* Prepárate pueblo, se acerca un tren / No necesitas equipaje, sólo tienes que montar en él.

El padre de Annie Bell, Elmore Scott, se dejaba la piel en un aserradero; un relativo lujo. Ganaba dinero suficiente como para que su mujer, Lula, pudiera quedarse en casa; otro lujo, por mucho que se viera obligada a aceptar algún que otro encargo para su vieja máquina de coser Singer. Su localidad natal, Mansfield, era un lugar diminuto y sofocante que ocupaba unos diez kilómetros cuadrados de terreno, en cuyo negro y fértil mantillo arraigó el algodón; sus suaves tamos constituían la espina dorsal de la economía local desde los tiempos de la esclavitud. Cuando nació Annie, la mayor parte de los *negros* de Mansfield habían pasado a ser aparceros: una especie de esclavismo virtual que los mantenía perpetuamente endeudados y a duras penas si les permitía subsistir, siempre al borde de la inanición. Así y todo, Elmore y Lula confiaban en que su hija corriera mejor suerte en la vida que ellos, igual que ellos habían corrido mejor suerte que sus padres. También sabían lo relativa que podía ser la definición de «mejor».

Lula mantenía su casita impoluta; un *collie* de porcelana de casi un metro de altura decoraba el interior. Afuera, en el patio trasero, cultivaba un jardín, mostrando una predilección particular por las orejas de elefante y los dondiegos de noche. A Annie le encantaba explorar aquel jardín encantado al anochecer, cuando los dondiegos se abrían como por arte de magia, siempre a su hora. Aunque la casa tenía agua corriente, carecía de aseo, de manera que Annie, miope de nacimiento, debía atravesar trabajosamente y con mucho cuidado el gallinero, lloviese o hiciese sol, para llegar hasta la ruinosa letrina. Los domingos, Lula llevaba a la familia a una iglesia en el campo, donde el predicador sudaba y resoplaba, exhortando al Espíritu Santo para que apareciese de la nada. La Iglesia era el único refugio verdadero para su familia, así como para los demás *negros* del Sur. Entre sus sagrados muros, se sentían libres para bajar la guardia y verter sus problemas, como cántaros llenos a rebosar. A medida que Annie Bell se fue haciendo mayor, aquellos sonidos empapados de *gospel* se convirtieron en una parte tan integral de su ser como la carne, la sangre y los huesos.

Aunque Elmore y Lula se esforzaban por educarla en la medida de sus posibilidades, «Jim Crow» trazaba a su alrededor límites que escapaban a su control. Y, como dichos límites no siempre eran perceptibles, Annie tuvo que aprender a intuir dónde se encontraban. De lo contrario, podía acabar asesinada por una turba de linchamiento, la más repugnante sentencia de muerte en el Sur. Las estimaciones más conservadoras indican que, durante la infancia de Annie Bell, los ciudadanos de Luisiana linchaban a un *negro* cada cuatro meses. El linchamiento era una macabra advertencia de las consecuencias que acarrearía olvidar cuál era tu sitio.

En Luisiana, las leyes de Jim Crow reforzaban este mensaje en todo momento. En virtud de dichas leyes, Annie Bell no podía montar en los mismos tranvías que los blancos, beber o comprar alcohol en las mismas tabernas que los blancos ni construirse una casa en una barriada blanca. Era ilegal que contrajese matrimonio con un hombre blanco, que comprase entradas para un evento público en la misma ventanilla que los espectadores blancos, o que ocupase la misma celda, estudiase en la misma escuela o alquilase un apartamento en el mismo inmueble que los blancos.

Por terrible que fuera la segregación, la esperanza de un futuro mejor seguía intuyéndose por detrás de las promesas rotas. En 1909, el académico William Edward Burghardt Du Bois contribuyó a fundar la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP por sus siglas en inglés), que no tardaría en suscitar la muerte legal de la segregación. Como la NAACP se nutrió mayoritariamente de *negros* de clase media, Annie y su familia no se enteraron de gran cosa en aquella época, allá en Luisiana. Sin embargo, esta asociación pronto daría lugar a significativas mejoras en la vida de los *negros* de todo el país, incluida Annie Bell.

Enfrentándose a las estructuras del poder, la NAACP creó nichos para grupos más radicales, como la Asociación para la Mejora Universal de los Negros (UNIA por sus siglas en inglés), fundada por Marcus Garvey, y plantó la semilla del gran movimiento por los derechos civiles que surgiría tres décadas más tarde. A diferencia de

la NAACP, Garvey sí reclutó a *negros* pobres, de clase obrera y del medio rural. Cuando Annie Bell rondaba la adolescencia, bien pudo haber oído hablar de Garvey y de su exhortación: «¡Álzate, poderosa raza! Puedes cumplir tus deseos».

Pero el hecho que más la afectó a nivel personal fue la Primera Guerra Mundial. Al término de la guerra de Secesión, en 1865, los *negros* iniciaron un lento éxodo hacia la tierra prometida al norte de la línea Mason-Dixon, pero cuando Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial, en 1917, el goteo se transformó en la riada que los historiadores llaman ahora la «Gran Migración». En el transcurso de seis décadas, seis millones de *negros*, mi bisabuela entre ellos, abandonaron el Sur para diseminarse por todo el país en busca de algo mejor.

Puede que el padre de Annie Bell también se plantease la huida cuando el éxodo comenzó a su alrededor, pero el Sur era lo único que conocía; permaneció en Mansfield con su familia, mientras muchos de sus amigos sucumbían a los cantos de sirena de las fábricas del norte, desapareciendo en ocasiones con sólo lo puesto por miedo a que sus jefes blancos descubrieran lo que tramaban y se lo impidiesen... o algo peor.

Los lazos que ataban a Annie Bell a Luisiana eran más débiles y durante el fragor de la guerra se produjeron en su vida importantes cambios que la empujaron de manera paulatina hacia la emigración. En primer lugar, descubrió el espiritualismo, un sistema de creencias que no encajaba con el cristianismo de su madre. Los espiritualistas sostienen que pueden comunicarse con los muertos a través de médiums. La corriente nació a finales de la década de 1840, cuando una mujer aseguró haber entablado comunicación en una granja de Nueva York con el espíritu de un hombre asesinado allí mismo años antes. A resultas de aquello, el movimiento floreció, para marchitarse casi con idéntica rapidez cuando se demostró que la mayor parte de los videntes espiritualistas eran meros charlatanes. Sin embargo, el espiritualismo volvió a cobrar fuerza durante la Primera Guerra Mundial, cuando Annie Bell lo descubrió.

Aunque Lula no quería saber nada de aquella extraña pseudo-religión, el espiritualismo arraigó de manera natural en Luisiana, especialmente en los alrededores de Nueva Orleans, donde el vudú africano todavía impregnaba la cultura igual que el incienso. Los esclavos se habían traído el vudú en los huesos a través de los horrores de su travesía forzada y nunca lo abandonaron del todo, por mucho que sus amos del nuevo continente intentaran extinguirlo a palos. Una vez en Norteamérica, se mezcló con una pizca de cristianismo para mutar en algo distinto. Annie Bell le asestó un buen trago a aquella mezcla de religión africana y experiencia americana, y no tardó en asegurar que tenía un espíritu guía, un fallecido al que veía y con el que podía hablar.

Al mismo tiempo, llegó el amor. A principios de la década de los veinte conoció a Willie Cooper, con quien no tardó en casarse. En 1923, siendo aún apenas una adolescente, Annie dio a luz a una niña a la que llamó Mercedes. Al año siguiente tuvo un niño, Curtis Lee, a quien todos apodaban «Mannish» («Hombruno»), porque desde su más tierna edad hizo gala de los atributos menos favorecedores de la masculinidad. Poco después del nacimiento de Mannish, Annie y Willie se separaron.

Mientras ella criaba a sus hijos bajo el sol de Luisiana, a su alrededor continuaba el éxodo. A medida que su pueblo natal se iba volviendo aún más opresivo, mi bisabuela fue sopesando sus opciones. Había acabado siendo una mujer brava y de genio tempestuoso, algo que en Luisiana sólo podía traerle problemas. Incluso si lograba sobrevivir a Jim Crow, sabía que aquel lugar pondría un tope inamovible a los sueños de su progenie. Hordas de conciudadanos escapaban al norte y regresaban ocasionalmente de visita con signos de modesta riqueza, de modo que a Annie Bell le pareció que su mejor opción estaba en un tren que se alejara resoplando. Tomó la decisión en algún momento de 1928. Se despidió de su familia y del único mundo que había conocido, fajó bien a Mannish y a Mercedes y se zambulló en la Gran Migración.

* * *

Lo más probable es que, cuando la joven familia se marchó del Sur, montara en un tren de la Texas & Pacific Railway en Mansfield, que conectaba con la Illinois Central Railroad de Shreveport, a sesenta kilómetros al norte. De allí, debieron de viajar hasta Nueva Orleans para tomar el tren más famoso de la Illinois Central, el Panama Limited, una descomunal mole de acero que arrojaba una gigantesca columna de humo. Años después, Annie Bell tomaría este mismo tren, rebautizado como City of New Orleans, para visitar Luisiana con sus nietos. El Panama Limited era un artefacto de última generación, compuesto exclusivamente de coches cama y dotado con lujosos vagones, aunque probablemente el color de piel de Annie impidió que pudiera disfrutar de la mayor parte de estos lujos.

El Panama Limited se arrastró desde la fangosa desembocadura del Delta del Mississippi y a través de los ondulantes campos de algodón hasta llegar a Chicago, muy cerca de las frías y azules orillas del lago Michigan. A lo largo del trayecto fue depositando miles de *negros* en nuevos y estimulantes emplazamientos. El viaje duró toda una jornada con su noche y parte del día siguiente, dándole a Annie Bell tiempo de sobra para pensar en el mundo que la esperaba y el que dejaba atrás. Nunca contó gran cosa sobre lo que se le pasó por la cabeza en aquel momento, pero no es difícil imaginar lo que debió de sentir sentada en aquel tren con dos inquietos retoños a su vera. Quizá, mientras se adormilaba en el vagón, a una cabezada de distancia de Chicago, soñó con cómo cambiaría su vida, la de sus hijos... y la de los hijos de sus hijos.

Después de veinticinco traqueteantes horas, el tren entró echando humo en la Central Station de Chicago, en el cruce de Roosevelt Road con la avenida Michigan. Annie Bell recogió su equipaje y a sus hijos y pisó tierras norteamericanas. La ciudad que vio a su alrededor bien podría haber sido otro planeta. La misma estación ya resultaba deslumbrante, comparada con los destartalados cobertizos de Mansfield. Un imponente edificio de ladrillo de nueve plantas se erigía sobre los raíles y conectaba con una torre de trece pisos coronada por un capitel románico.

Las calles se extendían más allá de donde alcanzaba la vista, salpicadas aquí y allá por Fords T. Los residentes —por lo que parecía, millones de personas— se desplazaban de un lugar a otro siempre con urgencia. Las mujeres, presas de la fiebre *flapper*, lucían camisolas rectas y cubrían su pelo a lo *garçon* con sombreros de campana. Los hombres vestían trajes deportivos, calzaban zapatos Oxford y usaban sombrero: *fedora*, *homburg*, *trilby* o *canotier*. La ciudad vibraba con energía cinética. Era un espectáculo emocionante para una muchacha rústica acostumbrada a las letrinas y los campos de algodón. El Chicago de finales de los años veinte afrontaba una época de fuertes tensiones y épicas peripecias. La ley seca había traído consigo el rostro surcado de costurones del crimen organizado, cuando la tristemente célebre Mafia de Chicago de Al Capone se hizo con el control absoluto de la ciudad, sirviéndose de una perniciosa mezcla de sobornos y asesinatos. Frank Lloyd Wright se había traído consigo la arquitectura de estilo Prairie School, con sus diseños basados en líneas horizontales y amplios voladizos, entre los que se encuentra el legendario vestíbulo del edificio Rookery, que le encargaron en 1905. El acero había impulsado la industria necesaria para llevar a cabo aquellos diseños, proporcionando puestos de trabajo a miles de personas.

Cuando llegó Annie Bell, los obreros de la siderurgia se arrastraban cada mañana hacia las fábricas en una ciudad todavía renqueante debido a las revueltas raciales que habían estallado apenas diez años antes en las inmediaciones de los *stockyards*, el enorme barrio industrial dedicado al procesamiento de la carne que convirtió a Chicago en el centro de la industria cárnica de Estados Unidos durante décadas. En el verano de 1919, Eugene Williams, un adolescente *negro* que nadaba en el lago Michigan, traspasó la línea tácita de segregación entre la playa para *negros* de la calle Veintinueve y la playa para blancos de la calle Veinticinco. Una turba de bañistas blancos lo apedreó hasta dejarlo inconsciente, provocando que muriera ahogado, lo cual despertó la sed de sangre de una facción de blancos e inmigrantes irlandeses que desató una vorágine de agresiones contra

los *negros* de Chicago. Durante trece atroces días reinó la violencia, mientras grupos de blancos patrullaban las calles adyacentes al Cinturón Negro en busca de edificios que quemar, bienes que rapiñar y *negros* que matar.

Fue la peor revuelta racial de la historia de Chicago y formó parte del infame Verano Rojo². A lo largo de aquel verano, estallaron cerca de veinticinco revueltas en Washington DC, Omaha, Knoxville y otras ciudades. La mayor parte de la violencia la ejercieron los blancos sobre los negros, aunque las tornas cambiarían en décadas venideras. Una cosa, sin embargo, se mantuvo inmutable y acabaría pasando una importante factura a mi padre en su vida: el verano nunca dejó de ser buena época para las revueltas.

Por deslumbrante que fuese, Annie Bell descubrió que su nueva ciudad imponía limitaciones casi tan estrictas como las que había dejado atrás en Luisiana. A su llegada, casi todos los *negros* de Chicago residían hacinados en el South Side, aunque algunos se despararraron hasta ciertas zonas del West Side. En una estrecha franja de once kilómetros de largo por dos y medio de ancho, vivían, respiraban, trabajaban, comían, hacían el amor, peleaban, se duchaban, se afeitaban, compraban alimentos, cocinaban, limpiaban y se emborrachaban un cuarto de millón de personas. La gente lo llamaba el «Cinturón Negro», también conocido como Bronzeville, también conocido como «Mississippi Norte». Isabel Wilkerson, historiadora experta en la Gran Migración, escribió lo siguiente al respecto:

A lo largo de Indiana, Wabash, Prairie y South Parkway, a través de la calle Veintidós, bajando hasta la Treinta y uno, la Treinta y nueve, y adentrándose poco más allá de la calle Cuarenta, se extiende

2. En inglés, *Red Summer*, periodo de tensión racial —comprendido entre finales del invierno y principios del otoño de 1919— que provocó cientos de muertes violentas, generalmente de ciudadanos negros, en distintas ciudades y zonas rurales de Estados Unidos.

un mundo de color negro, una ciudad dentro de la ciudad, cuyas calles de aceras desbordadas rebosan tenderos y empleados de funerarias, modistas y barberos, sastres y planchadores, carboneros y leñeros, agentes de seguros y agentes inmobiliarios, farmacéuticos y vendedores de prensa; hay un centro de la YMCA y otro de la Liga Urbana, iglesias con altos campanarios (baptistas, de Dios, metodistas episcopales africanas... transportadas prácticamente intactas desde Mississippi y Arkansas) y también ramerías que salen de casas de alterne y cantinas ilegales tambaleándose sobre sus altos tacones. Las condiciones de vida no [eran] mucho mejores que en el Sur, y en algunos casos incluso peores. [...] En los portales, había puertas que colgaban de una sola bisagra. El sol atravesaba las grietas de los muros exteriores. Muchas habitaciones carecían de ventilación o ventanas, llegando a estar tan abarrotadas que algunos ocupantes tenían que establecer turnos para dormir.

Aquel era el nuevo hogar de Annie Bell y venía acompañado de un vertiginoso despliegue de nuevas experiencias. Como, por ejemplo, experimentar por primera vez el «Halcón», apodo no demasiado cariñoso con el que se conocía al cortante viento invernal de Chicago. Años después, otro cantante oriundo de la ciudad, Lou Rawls, dibujó un fascinante retrato de su vida como *negro* desdichado que trata de sobrevivir al Halcón. En su canción “Dead End Street”, recita: «Nada había capaz de contener o atenuar el viento, los elementos / Para evitar que echasen abajo mi hogar / La caldera se estropeaba y me quedaba sin calefacción / Tenía que vestirme por completo para poder echarme a dormir».

En algún momento de aquel primer año, Annie conoció a un hombre llamado Walter Mayfield, «Wal» para los amigos. No se casaron, pero se mudaron a un pequeño apartamento en el que vivieron con Mannish y Mercedes bajo un régimen que hoy en día denominaríamos «pareja de hecho». Con certificado de matrimonio o sin él, Annie Bell cambió su apellido por el de Mayfield y sus hijos también lo adoptaron.

Las perspectivas de trabajo para los Mayfield eran desalentadoras. En Chicago, tres de cada cuatro varones *negros* se dejaban la piel en trabajos no cualificados, semicualificados o de servidumbre, empleos que los condenaban a una pobreza permanente. Por ejemplo: para ganar el salario completo de un mes como mozo de vagón, un *negro* tenía que trabajar cuatrocientas horas o recorrer casi dieciocho mil kilómetros... lo que requería, en ambos casos, más de diez horas de trabajo diarias, siete días a la semana. Annie ya había vislumbrado lo que tenían que hacer los *negros* para sobrevivir en el Norte cuando, al dejar Luisiana, vio a los mozos del Panama Limited.

Lo máximo a lo que podían aspirar la mayoría de mujeres *negras* era a trabajar como criadas en casa de una familia acomodada. Lo que es peor: el mercado de valores se vino abajo como un castillo de naipes un año después de que Annie Bell llegase a Chicago, convirtiendo los puestos de trabajo en un preciado lujo incluso para los blancos. No obstante, ella se había traído de Luisiana algo que la diferenciaba, algo que le daría dinero durante la mayor parte de su vida: el espiritualismo.

A mil seiscientos kilómetros de su hogar, se ganó a un público cautivo de emigrantes como ella, dispuestos a creer en una vidente espiritualista en un lugar donde no abundaban las personas con semejante don. Annie empezó por acudir a una iglesia de la calle Division, cerca del West Side, donde pronto encontraría una buena casita. Allí hizo amistad con los parroquianos, personas que echaban de menos el toque campechano de una iglesia rústica y que quizá no habían recibido de parte de los estirados predicadores nortños el tipo de guía espiritual que necesitaban.

Annie Bell conocía a aquellas personas. Sabía cómo hablaban, de dónde venían, en qué creían. Además, tenía a su espíritu guía. Les dijo a sus nuevos amigos que no sólo era clarividente, sino también «clarioyente»; es decir, que además de ver cosas de otras dimensiones, también las oía. Después acudió a Madame Mary Overa, que la ordenó reverenda, y abrió un consultorio en el diminuto apartamento que compartía con Wal, Mannish y Mercedes, cuyo salón llenó de

estatuas de escayola, incienso acre, pociones misteriosas y raíces peculiares. Iluminado por las temblorosas llamas de numerosas velas amarillas, negras y rojas, la atmósfera resultaba ligeramente inquietante, pero la gente empezó a abarrotar el salón a diario para recibir una lectura, una curación o el consejo del espíritu guía a través de su médium: la reverenda A. B. Mayfield.

Después de que la Gran Guerra diera paso a la Gran Depresión, la década de los treinta fue discurriendo a trancas y barrancas, pero la Gran Migración continuó a pesar de todo, lo que significaba que Annie Bell podía contar con unos ingresos regulares gracias a los inmigrantes de Luisiana que buscaban un trozo de su tierra natal en la gran ciudad. Mientras hombres lánguidos de ojos vacíos y asustados pasaban horas haciendo cola en la calle para recibir unos pocos mendrugos de pan, Annie Bell trabajaba. Fuera de su atestado apartamento, el desamparo crecía en la ciudad y en el país; dentro, mientras el humo del incienso siguiera serpenteando, las velas parpadeando y los espíritus del más allá contactando, siempre habría pan en la mesa.

Cuando la década de los treinta se acercaba renqueante a su fin, Mercedes empezó a salir con un tal Charles Hawkins Jr., un hombre mayor, alto y de piel muy oscura. Llegaron al matrimonio como tantos otros: con un embarazo seguido de una ceremonia. Como no tenían dinero suficiente para instalarse por su cuenta, Charles se fue a vivir con Mercedes y su familia. La incorporación de otro hombre al apartamento impulsó a Annie Bell —la única que poseía dinero— a buscar una residencia más grande.

Mientras tanto, Mannish conoció en el instituto a Marion Washington, una muchacha estudiosa y amante de la lectura. Marion era más bien retraída, se pasaba el día con la nariz metida en los libros de Paul Laurence Dunbar —uno de los poetas *negros* más famosos— y se autoproclamaba un patito feo. Mannish le prestó cierta atención y no tardaron en empezar a salir.

Seis meses más joven que Mannish, Marion era oriunda de Chicago. Su padre, Kenneth «Joe» Washington, llegó a la ciudad desde

Oklahoma aproximadamente una década antes que Annie Bell. Había trabajado duro pintando y empapelando casas. En 1922 conoció a Sadie Ann Gillard, otra desplazada como él, y se casó con ella. Sadie había llegado a Chicago desde Knoxville, Tennessee, con la primera oleada de inmigrantes. Hizo de todo: fue empleada doméstica, operaria en fábricas y ama de casa. Además, era una cocinera extraordinaria.

Cuando terminó el bachillerato, Marion recibió una beca para ir a la universidad, pero no tuvo oportunidad de sacarle partido. Hacia finales de 1941 su vida dio un giro inesperado y seis meses antes de cumplir los 18 años fue en compañía de Mannish a hablar con el reverendo Horace Hayden en su iglesia del número 1250 de la avenida Wabash. El 7 de febrero de 1942 —dos meses después de que los japoneses bombardearan Pearl Harbor—, Mannish y Marion contrajeron matrimonio. Ella ya llevaba un bebé dentro de su abultada barriga.

2.

Mi madre me parió en un gueto

*My mama borned me in a ghetto!
There was no mattres for my head.
But, no! She couldn't call me Jesus.
I wasn't white enough, she said.**

—“Kung Fu”

Chicago, 3 de junio de 1942. Nació el bebé. Marion lo bautizó Curtis Lee, como su padre. Su vida pondría a prueba el envite de Annie Bell: nunca tendría que sufrir la humillación de los símbolos «de color» que lo excluyesen de unos aseos, ni vería cómo sus sueños se marchitaban bajo la infame sombra de Jim Crow ni temería el nudo corredizo del verdugo.

No obstante, las invisibles fronteras raciales seguían coartando a mi padre incluso en Chicago. Mientras la mayoría de niños blancos de su generación soñaba con surcar los cielos como Supermán o columpiarse de liana en liana como Tarzán, Curtis supo desde muy tierna edad que jamás sería como ellos. No existía ningún héroe que se le pareciese ni que viviese donde él vivía: era negro y pobre en un mundo que no le iba a permitir olvidarlo. Y por si aquellas perspectivas no fueran lo suficientemente deprimentes, al otro lado del océano un maníaco atravesaba Europa al paso de la oca, empecinado en conquistar el mundo para reivindicar la supremacía de la raza blanca.

* ¡Mi madre me parió en un gueto! / No hubo colchón para mi cabeza / Pero ¡no! No pudo llamarme Jesús / Yo no era lo suficientemente blanco, dijo ella.

Marion aún estaba adaptándose al ritmo de su hijo recién nacido cuando se quedó embarazada de nuevo, en esta ocasión de una niña. Tan sólo nueve meses y ocho días después del nacimiento de Curtis, llegó —prematuramente— Judith. Ahora mi abuela tenía otras dos bocas que alimentar con un dinero que a menudo no bastaba para una sola. Aunque la alcancía de Annie Bell le permitía mimar a su único hijo varón, su generosidad no era extensible a Marion y sus retoños, por lo que éstos tuvieron que acogerse a las ayudas hoy conocidas como «prestaciones sociales». Marion vivía al día y nunca estaba segura de si tendría suficiente para alimentar a sus hijos o si su marido le proporcionaría alguna ayuda.

Cuando Mannish volvía a casa, lo cual no sucedía muy a menudo, imponía su beligerancia. Tenía el mismo temperamento que su madre y discutía constantemente con Marion. Aún no había cumplido siquiera los veinte años y era incapaz de mantener a su familia, algo que muchas veces saca lo peor de un hombre. Pronto abandonaría a su mujer e hijos, dejando que Marion se las arreglara como mejor pudiese.

La Segunda Guerra Mundial generó para los *negros* las mismas oportunidades que la Primera: Mannish se alistó en el Ejército y fue destinado a California, lo que le supuso un salario fijo. Aunque el dinero ayudó, Marion tenía que lidiar ahora con la angustia de ver marcharse a su marido sin saber cuándo volvería, si es que volvía algún día. Mannish se incorporó al servicio al mismo tiempo que millones de negros llegaban del Sur: la Gran Migración seguía avanzando como una avalancha.

Los recién llegados buscaban trabajo, comida y cobijo, y las tensiones raciales se intensificaron. En junio, unos tres meses después del nacimiento de mi tía Judy, las revueltas sacudieron Detroit. A diferencia de las revueltas de Chicago de 1919, las de Detroit en 1943 supusieron un punto de inflexión. En palabras de Wilkerson:

Hasta el levantamiento de 1943, en la mayor parte de revueltas raciales acaecidas en los Estados Unidos [...] habían prevalecido los ataques de blancos contra ciudadanos de color, que a menudo

tenían como resultado la quema de sectores enteros de la ciudad habitados por estos últimos. La de Detroit fue la primera revuelta de importancia en la que los negros devolvieron el golpe con la misma fuerza que los blancos y en la que los residentes negros, ya establecidos en la ciudad pero aún relegados a los ruinosos guetos, comenzaron a atacar y saquear lo que percibían como símbolos de explotación: las tiendas y lavanderías regentadas por blancos y demás forasteros que, consideraban, jugaban sucio con ellos. A partir de Detroit, las revueltas pasaron a considerarse un fenómeno fundamentalmente urbano y básicamente centrado en los negros de los barrios desfavorecidos que desahogaban sus frustraciones contra los guetos que los confinaban.

Este sutil cambio en la naturaleza de las revueltas tendría en años posteriores profundas y destructivas repercusiones, pero en aquel momento a Marion sólo le inspiraban preocupación por sus hijos.

A tres mil doscientos kilómetros de las revueltas, Mannish disponía de espacio de sobra para vivir libre y alocadamente, olvidando su matrimonio en las frías orillas del lago Michigan. En un momento dado, Marion decidió ir a verlo. Dejó a Curtis en casa de su madre (Curtis adoraba los pasteles de boniato de la abuela Sadie) y a Judy con Annie Bell, quizá porque su hija también había nacido aquejada de una severa miopía. Al margen de cuál fuera su razonamiento, cuando Marion regresó para recoger a Judy, Annie se negó a devolvérsela.

Marion siempre encontraba la manera de llevarse bien con casi todo el mundo, pero la pérdida de su hija atenazó su dulce alma hasta casi hacerla pedazos. Lo peor era que Annie Bell tenía dinero, por lo que resultaba muy improbable que ninguna institución gubernamental fuese a decretar que la pequeña Judy debía volver a vivir con su madre en la pobreza más abyecta. De una manera más bien estrambótica, Judy fue una niña robada. En la familia nadie sacaba a relucir el asunto. Judy creció llamando «mamá» a Annie Bell y, aunque tenía la leve sospecha de que su verdadera madre era la mujer

que la visitaba los fines de semana, haría falta que pasaran muchos años y que físgara un poco para comprender lo que había sucedido.

Mi padre, por su parte, no tuvo que esperar mucho para tener más hermanos. Mannish desertó del Ejército, se cambió el nombre por Kenneth Washington para evitar problemas, regresó a casa y engendró otros tres hijos con Marion: Carolyn Mercedes en 1945, Gary Kirby en 1946 y Kenneth en 1947. La separación no contribuyó a mejorar su vida en pareja y, a medida que se iban acumulando las responsabilidades, las peleas cada vez eran más tremebundas. Poco después del nacimiento de Kenneth, Mannish se marchó definitivamente de casa. Sus hijos no le echaron de menos: no tenía presencia alguna en sus vidas. Como cantaba Muddy Waters: «No puedes perder lo que nunca has tenido». Pero, para Marion, la vida empeoró aún más. Abandonada, desmoralizada, emocionalmente vapuleada por su marido y la familia de éste, e impotente para recuperar a su hija mayor, hubo de combatir contra un nuevo enemigo: la depresión.

Lamentablemente, la fortuna aún se reservaba nuevos golpes. Poco después de nacer, Gary (al que todos llamaban Kirby) contrajo un sarampión que le provocó una encefalitis aguda. Se pasó una o dos semanas durmiendo del tirón, como si hubiera caído en coma, mientras Marion aguardaba junto a su lecho, presa de una tensa agonía. Cuando Kirby despertó, Marion notó que no se movía como antes. La enfermedad le había provocado una discapacidad mental. Mi abuela tendría que cuidar a Gary como a un bebé durante el resto de su vida, lo que implicaba que no podría incorporarse al mercado laboral hasta que alguno de sus otros hijos fuese lo suficientemente mayor como para asumir aquella responsabilidad. Desde muy corta edad, Curtis echaba una mano con los pequeños detalles: Marion recordaba que, con sólo tres años, ya era capaz de cambiarle los pañales a Carolyn con tanta destreza como ella misma. En todo caso, en cuanto que única persona adulta, Marion tenía que hacerse cargo de las cosas importantes. Ahora que las ayudas gubernamentales eran su única fuente de ingresos, era como verle continuamente las orejas al lobo.

El hambre acosaba a la familia, pero mi abuela los mantenía con vida como buenamente podía, estirando cada dólar hasta que el águila desplegaba por completo las alas. Comían mucho arroz, alubias o cualquier otra cosa que llenase sus gruñones estómagos por poco dinero. La carne era una exquisitez que disfrutaban, en el mejor de los casos, un fin de semana al mes, por lo general pescuezos de pollo, carcasas o cualquier otra parte del animal que la gente acomodada jamás se comería. «Mamá tenía un puchero enorme en el que preparaba alubias con cuellos de pollo», recuerda la tía Carolyn. «Cocinaba los lunes y nosotros nos comíamos toda la carne ese mismo día, pero la cazuela permanecía en la mesa hasta que nos hubiéramos terminado todas las alubias. No he vuelto a comer alubias hasta hace bien poco, porque juré que cuando fuera mayor no volvería a probarlas jamás».

Perseguida por acreedores y caseros, la familia vivía en una huida permanente de una pensión de mala muerte a la siguiente. Ser un *negro* pobre en Chicago implicaba que uno raras veces llegaba a tener un sentimiento de permanencia. Tras ser abandonados por Mannish, vivieron en un sórdido apartamento de la avenida South Washtenaw, donde Marion empezó a salir con un tal Eddie, que la maltrataba. Uno de los primeros recuerdos de la tía Carolyn es el de trepar por la escalera de incendios hasta el apartamento de la abuela Sadie, que vivía encima de ellos, e implorarle que bajase para que Eddie dejase de pegar a Marion. «Mamá era más bien tímida, mientras que la abuela era muy impetuosa», afirma la tía Carolyn. «Mamá no era de las que devuelven los golpes, pero la abuela, sí. Y [Eddie] no se metía con la abuela. Acabó echándolo ella».

Muchas veces, Sadie encarnaba el único refugio de la familia. Según Carolyn, «siempre estaba cerca, era el sostén de mamá». Aunque poco afectuosa por naturaleza, Sadie poseía la voluntad de hierro necesaria para sobrevivir en los barrios bajos de Chicago. Trabajaba todo el día como cocinera en casas de blancos adinerados y por la noche solía llevarse a casa las sobras de sus patronos para alimentar a su hija y a sus nietos. Numerosas veces los salvó de la inanición.

En casa, el joven Curtis veía cómo maltrataban a su madre; en la escuela, los palos los recibía él. Con esa crueldad de la que sólo son capaces los niños, sus compañeros le propinaban palizas y lo humillaban señalando cada uno de sus defectos. Aunque lo más probable es que ellos también fuesen pobres, se burlaban continuamente de su miseria. Se metían con él porque era bajito y tenía los dientes enormes. Y, quizá lo más doloroso, se reían de él por lo oscuro de su piel. Curtis nunca olvidaría el apodo peyorativo que le arrojaban como si fuera una piedra: tizón. Todo aquello engendraría en él una serie de inseguridades que tardaría décadas en quitarse de encima.

Marion no tardó en dejar a Eddie para mudarse con su familia al White Eagle, un destartalado hotel de la calle Dieciocho, entre las avenidas de Indiana y Michigan. De entre todos los agujeros infectos en los que residió, el Eagle sería el que más perturbaría los recuerdos de mi padre. Lo evocaba como un antro oscuro y deprimente desde el que las putas acechaban día y noche las aceras. El barrio estaba plagado de ellas; sin embargo, en aquella época nunca vio un proxeneta. «Supongo que los chulos son un lujo exclusivo de los barrios más pudientes», llegó a decir más tarde.

Afuera, la basura cubría las aceras y las ventanas rotas recordaban a la sonrisa de una calabaza de Halloween sobre las fachadas de los edificios. En el interior, prostitutas, camellos y yonquis convivían con familias pobres hacinadas, en su mayor parte madres solteras pugnando por criar a sus hijos en las fauces de los vicios nocturnos. En el White Eagle, la familia de mi padre ocupaba una sola habitación del tamaño de un sello de correos. Marion dormía en un sofá cama y los niños en literas: Curtis, arriba; Carolyn, Kenny y Kirby, abajo.

En toda la planta había ocho radiadores, pero sólo un baño común, por lo que el joven Curtis debía atravesar trabajosamente el vestíbulo para usarlo, lo cual no se diferenciaba mucho del trillado camino que tenía que recorrer Annie Bell para llegar hasta la letrina allá en Luisiana. El aseo era una pesadilla: pútrido, diminuto, sucio, lleno de tuberías a la vista y desconchones en las paredes. Los huéspedes embutían

periódicos en las fisuras para contener las fugas de agua y las bombillas desnudas pendían de peligrosos cables.

La vida en el White Eagle era un reflejo del ruinoso estado del edificio. Casi todas las noches, Curtis y familia se iban a la cama hambrientos y se despertaban debido a las picaduras de las chinches. Así lo recuerda la tía Carolyn: «Muchas Navidades no teníamos nada. Mamá mezclaba en un cuenco pan de maíz con azúcar para hacer sirope. A nosotros nos parecía un manjar, pero era lo único que podía permitirse». La abuela Sadie se mudó al mismo edificio, cosa que también hicieron los hermanos de Marion, el tío Son y la tía Edith, pero la cercanía de su familia no contribuyó a convertir el White Eagle en un lugar más acogedor. Con siete años, la tía Carolyn escapó por los pelos de un perverso que trataba de atraerla hacia el cuarto de baño.

Sometido a una atmósfera tan opresiva, mi padre tuvo que madurar con rapidez. Vivía en un mundo que erradicaba la inocencia, un mundo que prohibía el lujo de la infancia. Con cinco años, sin que mediara elección posible, se convirtió en el hombre de la casa. En este caso, la palabra «hombre» es meramente descriptiva, ya que no existe el concepto «niño de la casa». Cuando Marion no estaba, Curtis ejercía el control propio de un adulto y se acostumbró a que los demás recurrieran a él en busca de autoridad. Según la tía Carolyn, «Si pasaba algo y no estaba mamá, acudíamos a él, porque era el mayor».

La situación de su madre lo alertó sobre los peligros de carecer de control sobre la propia vida y, durante gran parte del resto de la suya, si no sentía que tenía el control absoluto sobre algo, optaba por no hacerlo. Al mismo tiempo, Marion también le enseñó la fuerza de voluntad necesaria para sobrevivir y la importancia del arte como método para lidiar con la desesperación. Aunque Marion no podía proporcionarle comodidades a su familia, logró que fueran personas respetables a base de pura fuerza de voluntad y talento artístico. Si no podía permitirse comprar ropa, tejía o cosía ella misma las prendas. También le encantaba hacer pasatiempos —rompecabezas y crucigramas— y siempre tenía un libro en la mano, lo que proporcionaba

a sus hijos un entretenimiento ilimitado. Les contaba historias de los libros que leía y a menudo recitaba sus poemas favoritos de Dunbar, como «Así recae Lucy»:

*De times is mighty stirrin' 'mong de people up ouah way,
Dey 'sputin' an' dey argyin' an' fussin' night an' day;
An' all dis monst'ous trouble dat hit meks me tiahed to tell
Is 'bout dat Lucy Jackson dat was sich a mighty belle.
She was de preachab's favoured, an' he tol' de chu'ch one night
Dat she travelled thoo de cloud o' sin a-bearin' of a light;
But, now, I 'low be t'inkin' dat she mus' 'a' los' hub lamp,
Case Lucy done backslided an' dey trouble in de camp³.*

Estas estrofas rebulleron en la cabeza de Curtis y ejercieron una poderosa influencia en su sentido del ritmo y la rima. La poesía de Dunbar marcó a mi padre, pero también facilitó su transición a un mundo que le obligaría a tener dos personalidades. El trabajo de Dunbar es heterogéneo; algunos de sus poemas están escritos en inglés formal y otros, como «Lucy», en dialecto negro. Esta identidad dual como poeta caló en el corazón de la vida *negra* en Estados Unidos. Era la plasmación artística de un fenómeno que W. E. B. Du Bois, casi coincidiendo en el tiempo con los escritos de Dunbar, denominó «conciencia dual». Du Bois escribió:

La conciencia dual es una sensación peculiar. [...] A veces uno siente esa dualidad: estadounidense y *negro*; dos almas, dos formas de pensar, dos afanes irreconciliables; dos ideales enfrentados en un

3. El poema, escrito en dialecto afroamericano, vendría a decir así: Es ésta una época agitada para nuestra gente / Parlotean, discuten y se enfurruñan noche y día / Y ya me cansa decir que todo este terrible escándalo / Se debe a Lucy Jackson, que era toda una belleza / Era la favorita del predicador, el cual contó una noche en la iglesia / Que Lucy había pasado de la nube del pecado a ser portadora de luz / Pero, ahora, admito que piensa que debe de haber perdido el farol / Porque Lucy ha recaído y la congregación está preocupada.

único cuerpo oscuro al que sólo la más pura obstinación salva de escindirse por la mitad.

La historia del *negro* estadounidense es la historia de su conflicto, ese anhelo por alcanzar una humanidad autoconsciente, por fusionar su doble identidad en una sola, mejor y más auténtica. Y, en esa fusión, no desea perder ninguna de sus antiguas identidades. [...] Sólo desea que sea posible para un hombre ser a un tiempo *negro* y estadounidense, sin que sus congéneres lo insulten y le escupan, sin que le cierren en las narices la puerta de las oportunidades.

La conciencia dual era un hecho en todos los estratos de la vida *negra*. Del más común de los peones al famoso de mayor éxito, todos debían ser expertos en dos idiomas, dos formas de actuar, dos modos de vestir, dos series de normas: una para el mundo blanco y otra para el *negro*. Mientras iba creciendo, Curtis se dio de bruces con esos dos mundos. A menudo el encuentro era silencioso y subconsciente, como cuando escuchaba a su madre recitar los poemas de Dunbar con dos voces distintas. En pocos años, sin embargo, el choque entre ambos mundos se volvería ensordecedor.

Por aquel entonces, mi padre era introvertido, como mi madre y Annie Bell. Callado y solitario, prefería hacerlo casi todo a solas; siguió siendo así incluso cuando ya era un músico de fama mundial. Marion recuerda: «Cuando venían otros niños a jugar con él, Curtis les decía que estaba castigado y que no le dejaban jugar con nadie». Cuando se iban, abría una caja de ceras y se enfrascaba en el dibujo.

Aun así, tenía una gran curiosidad por el mundo que lo rodeaba. Bombardeaba con preguntas a su madre, estaba empeñado en saber cómo funcionaba todo. Dónde. Cuándo. Pero su pregunta favorita era «¿Por qué?». Aun cuando conocía la respuesta, preguntaba por qué. Era como una fórmula mágica que siempre aportaba nuevos puntos de vista.

También le entusiasmaba la música. Durante su niñez, los aterciopelados sonidos de Nat King Cole, Lena Horne y Dinah Washington

brotaban de la radio como pura miel, aliviando las heridas de un país hastiado de la guerra. Al mismo tiempo, una nueva ola de músicos de jazz desafiaba la regla no escrita de que un intérprete *negro* jamás debía amenazar el *statu quo*. Miles Davis estaba a la cabeza de aquella ola y, al margen de lo que pudieran pensar los demás, no iba a permitir que nadie, ni blanco ni *negro*, le «tocara las narices», tal como él mismo afirmaba. Como residente en la capital del blues, Curtis también escuchó los quejumbrosos lamentos de Muddy Waters, Howlin' Wolf, John Lee Hooker y otros que electrificaban los escenarios de los clubes que había cerca de su casa.

Entretanto, Curtis dio sus primeros pasos en otro tipo de escenario. Marion lo recuerda de la siguiente manera: «Se subía al tocón de un árbol que había delante de la casa de mi abuela, en Du Quoin (Illinois), y les cantaba el “Pistol-packing Mama” a los maquinistas de los trenes que pasaban». Era un intérprete nato, y ni la pobreza ni la adversidad impedían que mi abuela gozase contemplando a su primogénito pavonearse encima de un tronco con esa seguridad que sólo los niños pueden tener.

Marion también era una apasionada de la música y en casa escuchaba ópera, clásica, country, góspel y *rhythm and blues*. Tenía una colección de discos de góspel que reproducía en una vieja y polvorienta Victrola, mientras Curtis asomaba la cabecita por encima del plato para observar los hipnóticos giros de las galletas blanquinegras de Specialty Records.

Los músicos de Specialty, como Claude Jeter y los Swan Silvertones, sembraban a Dios Todopoderoso en los surcos de sus discos, y el rítmico falsete de Jeter (precursor del estilo vocal de mi padre e influencia para legiones de cantantes de *doo-wop*) daba voz al alma humana. Cuando aquel sonido espiritual rebotaba en las mugrientas paredes del White Eagle, lo inconmensurable se materializaba por un efímero momento en la mente de Curtis. Sólo la música tenía aquel poder divino, extático, que embelesaba a mi padre. Había encontrado un amor tan íntimo como su propia piel.

* * *